

## SARMIENTO EN LIMA \*

Edmundo A. Heredia

Hace ya casi medio siglo, Eusebio Ayala fue invitado en Buenos Aires a dar una conferencia sobre Domingo Faustino Sarmiento, que debía titularse "Aspectos americanos de la personalidad de Sarmiento". Al comenzar su exposición, el autor advirtió que el título le había sido impuesto, y a continuación excusó referirse al americanismo de Sarmiento, decidiendo en cambio desarrollar otras facetas de su vida y de su pensamiento<sup>1</sup>. No dio más razones sobre la incongruencia entre el texto y el título de su conferencia, por lo que nos da pie para suponer que, habiendo aceptado la invitación y puesto a expurgar los datos que le permitieran cumplir con su compromiso, no halló en ellos lo suficiente para satisfacerlo. Avala esta presunción que antes ni después nadie acometió la tarea de analizar desde esta perspectiva la multifacética personalidad del argentino que ahora ocupa nuestra atención.

En cambio, son nutridos los estudios que, incorporados a biografías totales o en monografías parciales, hacen referencia a la vinculación de Sarmiento con determinados países. Sobre sus conexiones con Estados Unidos, por ejemplo, están los trabajos de Percy Alvin Martin, de Ezequiel Martínez Estrada, de Edmundo Correas; además de la preferente atención que a ese tema prestó Allison Williams Bunkley en la biografía de Sarmiento publicada en 1952 y conocida años más tarde en lengua española<sup>2</sup>. Raúl Alejandro Molina se ha ocupado de "Sarmiento y España", y así otros autores se han dedicado a analizar y explicar sus estancias y relaciones chilenas y paraguayas<sup>3</sup>.

---

\* El texto de este artículo corresponde, en general, a la conferencia pronunciada en el *Congreso Conmemorativo de la muerte de Sarmiento: "Sarmiento y su época"*, organizado por la Universidad Nacional de San Juan, Argentina, el 13 de agosto de 1988.

1. Fue publicada en el *Boletín de la Comisión Nacional de Museos y Lugares Históricos*. Año II, No. 2. Buenos Aires, 1940.
2. MARTIN, Percy Alvin. *Sarmiento y los Estados Unidos*. En *II Congreso Internacional de Historia de América*. Buenos Aires, 1938. MARTINEZ ESTRADA, Ezequiel. *Sarmiento y los Estados Unidos*. En *Panorama, Revista Interamericana de Cultura*. Vol. 1, No. 4. Washington, 1952.
3. MOLINA, Raúl Alejandro. *Sarmiento y España*. En *Historia*. Año VI, No.

No conocemos, por lo demás, ningún estudio que se refiera específicamente a Sarmiento y el Perú, a pesar de que el sanjuanino tuvo allí una rica y fecunda estadía de más de seis meses, entre octubre de 1864 y abril de 1865. No me ha ocurrido como a Ayala, y he podido titular con libertad este trabajo; no obstante, no lo he denominado "El Americanismo de Sarmiento" aunque, confieso, me hubiera gustado hacerlo. De todos modos, él asumió en algunos momentos de su vida un cierto americanismo, muy *sui generis* —como todo lo suyo—, y ese singular americanismo es el que se intenta explicar aquí, ubicándolo en el contexto histórico y en especial en el ámbito de esta América Latina que comenzaba a despuntar en esa segunda mitad del siglo pasado.

Cuando Sarmiento partió desde la ciudad de San Juan para iniciar su largo viaje a los Estados Unidos, ignoraba muchos aspectos de la vida política y social latinoamericana, y a otros los conocía desde la versión descolorida y descomprometida que predominaba en la opinión argentina. Su descubrimiento en el propio centro de los acontecimientos le provocaría importantes cambios en su pensamiento político. Conocía bastante lo relacionado con ciertos países, especialmente con Chile, al que se acercaba una vez más, y con los Estados Unidos, que visitaría por segunda vez, ahora acreditado como Ministro Plenipotenciario del gobierno argentino. Esta condición le había sido dada por el Presidente Mitre para cumplir su misión en el país norteamericano, pero los poderes le fueron extendidos complementariamente para Chile y el Perú, países de tránsito en su largo viaje. Es más, las instrucciones que el Ministro recibió le indicaban que no debía asumir compromisos en estas dos naciones, y que debía centrar todos sus esfuerzos en acentuar y estrechar las relaciones con los Estados Unidos. Si bien a Sarmiento le importaban esas instrucciones de una manera muy relativa, como que luego obraría según su propio criterio, no debió pensar por entonces —al igual que su Presidente y el Ministro de Relaciones Exteriores— que su permanencia en los países del Pacífico le deparase las graves cuestiones que debió enfrentar en su condición de diplomático.

Dejaba la gobernación de la Provincia de San Juan con un dejo de amargura, en vista de las incomprensiones locales y nacionales, y no podía ignorar que, si bien el encargo satisfacía sus íntimos deseos, era también una manera decorosa con que el Presidente lo alejaba del turbulento escenario nacional, turbulencia a la que Sarmiento se había encargado de incrementar con fuego propio.

Tan pronto cruzó la Cordillera se encontró con un cuadro internacional inusitado. Un mes atrás, una escuadra española, al mando de Luis Hernández Pinzón, que acompañaba y transportaba a una expedición científica, había ocupado las islas de Chincha, pertenecientes al Perú, bajo el pretexto de exigir con ello reparaciones a las agresiones sufridas por colonos vascos en una hacienda privada y urgir el pago de las indemnizaciones comprometidas por Perú al término de la guerra de la independencia. En esas islas se encontraban los principales yacimientos de la

---

23. Buenos Aires, abril-junio de 1961. CORREAS, Edmundo. *Sarmiento y los Estados Unidos*. En *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*. Año XXXV, No. XXIX. Buenos Aires, 1958. BUNKLEY, Allison Williams. *Vida de Sarmiento*. En *Historia*. Año VI, No. 23. Buenos Aires, abril-junio de 1961.

enorme riqueza guanera, que constituiría la mayor producción peruana a la sazón, era motor esencial de su economía y recurso salvador para fertilizar las cansadas tierras europeas. Poseionados de las islas por la fuerza de las armas, los españoles se dispusieron a cargar guano en los barcos que se presentasen, en nombre y beneficio de la Corona de España.

Esto provocó generalizada indignación, acrecentada luego ante la intransigencia y la intriga del Comisario enviado desde España, y más tarde por el bárbaro bombardeo naval a la indefensa ciudad de Valparaíso. De pronto, se reavivaron los fundados recelos por un rebrote del imperialismo español, ya existentes por las agresiones e intervenciones europeas en otras naciones latinoamericanas.

Allí Sarmiento tuvo una más viva y cercana impresión de la realidad continental, y sobre todo de la que afectaba directamente a los países del Pacífico, como si de pronto —al pasar desde el sector Atlántico europeísta hacia la que se le había presentado hasta entonces como la trastienda de aquel escenario privilegiado—, descubriera otra realidad, o quizá una visión más profunda de la misma realidad, cual era la renovación y actualización de los empeños europeos por restaurar su antigua dominación en América. Y debió comprender también entonces que los demás países de América Latina —incluido el suyo—, no estaban exentos de ese peligro, por lo que la defensa de la integridad, de la soberanía e independencia de las naciones del Pacífico debía ser sostenida como una causa común de toda la América, puesto que era el destino de todas sus naciones el que estaba en juego.

Es que en verdad Sarmiento comprendió que ese episodio era parte de un intento generalizado en Europa por instaurar nuevas formas coloniales, y parte también de las hondas contradicciones con que las naciones americanas trataban de encontrar su destino y para lo cual se envolvían en cruentas y destructoras contiendas.

En los Estados Unidos, en tanto, la guerra de secesión enfrentaba desde 1861 a los partidarios de la conservación de la relación con las naciones industriales europeas mediante la provisión de las materias primas para las manufacturas textiles de las potencias industriales, contra los que preferían romper los últimos lazos que aún quedaban de la época colonial para formar una nación soberana, potente, industrial y con plena capacidad para arbitrar su programa futuro como nación; el problema de la esclavitud era uno de los nudos esenciales del conflicto.

En México, la invasión de fuerzas conjuntas de Francia, Inglaterra y España, y la posterior instalación en su capital del Imperio de Maximiliano, eran prepotente expresión del imperialismo europeo y forma concreta del restablecimiento del régimen monárquico en la América hispánica, además de un descarado desafío a la política americana de los Estados Unidos, que ponía a prueba la consistencia y persistencia de la aplicación de la Doctrina de Monroe.

En los inicios de la década se había producido también la ocupación por España de la isla de Santo Domingo, lo que implicaba lisa y llanamente un retorno a la época colonial; la ocupación se mantuvo desde 1861 hasta 1865, cuando dificultades internas determinaron la recuperación de la soberanía política por los dominicanos.

Por último, durante la permanencia de Sarmiento en los países del Pacífico, se daban los preliminares de la más sangrienta guerra de la América del Sur, que terminaría con la postración de la nación paraguaya por obra de Argentina, Brasil y Uruguay. Sarmiento observaría que toda América simpatizaba con el Paraguay, no sólo por reacción contra el temible poder de una triple coalición, sino también por estar involucrada en ella la única monarquía legitimada en el continente, a la que se veía también como un apéndice relictual de las viejas estructuras imperiales europeas.

Ese sería el cuadro internacional americano, de conflictos generalizados, que constituiría el entorno del demorado traslado de Sarmiento desde San Juan a los Estados Unidos, trayecto que tendría un prolongado interludio en tierra peruana.

Justamente el Perú se había convertido, a través de un ya largo proceso, en uno de los epicentros de un incipiente sistema latinoamericano de naciones. Los orígenes de esa posición internacional del Perú deben remontarse a la confluencia de las dos corrientes libertadoras que habiendo partido de los dos extremos de la América del Sur, habían encontrado allí el punto de contacto y de confrontación. Una había salido de Buenos Aires, cruzado los Andes, despejado a Chile del poder español para llevar las armas victoriosas de San Martín hasta el Perú. La otra había partido de Caracas, extendido a la Nueva Granada la lucha emancipadora y de allí descendido por la región andina expandiendo la revolución por Ecuador hasta concluir con las batallas definitivas que extinguirían el poder español en los dos Perú, últimos reductos importantes del poder colonial.

Las dos corrientes se habían dirigido desde el occidente hacia el oriente, desde el Atlántico al Pacífico, desde un mundo atento a la situación europea hacia los sectores más conservadores y tradicionales de las colonias españolas en América. Y habían confluído en el Perú, mientras en este país se observaban los movimientos convergentes y se analizaban las alternativas de organización y de institucionalización de las nuevas naciones.

Había en los años de la independencia posiciones encontradas en Perú, desde las que se mantenían fieles a la dominación española, hasta las más fervientemente revolucionarias, pasando por posiciones moderadas, interesados sus sostenedores en las ideas de la Ilustración pero recelosos del europeísmo en que esas ideas estaban enmarcadas.

Intelectuales y políticos como Baquijano y Carrillo, Vidaurre y Unanue, habían debatido y reflexionado sobre las formas políticas que convenían a América cuando llegaron las fuerzas de San Martín primero, y las de Bolívar luego. El primero había traído un modelo de monarquía constitucional, respetuosa en cierto modo del pueblo, en tanto el segundo se inclinaba a un republicanismo cuyo logro se apoyaba en un sólido autoritarismo personal.

Desde que el Congreso peruano decretara el establecimiento del régimen republicano, en 1822, se inició y desarrolló ese proceso de institucionalización y de consolidación del republicanismo y de la concertación americanas, y así el Perú se constituyó en el más firme defensor de esa forma de gobierno, reconociéndola como la mejor garantía para la independencia, y asumió como herencia la lección bolivariana de bregar por la unidad de las nuevas naciones.

Fue el Perú el principal animador del Congreso de Panamá y desde su gobierno partieron las invitaciones a las naciones del sur, y fue luego patrocinador y organizador del Congreso Americano de 1847-48, que se realizara en Lima, consagrado a reunir las voluntades contra el intento de establecer un gobierno con filiaciones monárquicas y españolas en Ecuador. En resumen, Perú había recibido las banderas de los dos movimientos continentales de emancipación, había agregado su propio caudal doctrinario en favor de la liberación, y sostenía la bandera común con decisión renovada cada vez que una nueva amenaza se cernía sobre cualquier rincón de la América antes española. Los peruanos eran conscientes que en su suelo se habían aventado las últimas cenizas del imperio español en la América del Sur, y sabedores de su responsabilidad, velaban ahora para que en ese ni en lugar alguno de la América Latina apareciese un rescoldo de aquel fuego extinguido.

Así, en la década de los 60' el rol de reunir ideas y políticas frente a la renovada agresión imperialista fue cumplido activamente por el gobierno, la cancillería y los diplomáticos acreditados por Perú en el extranjero. Concretamente, se trataba desde 1861 de la compulsión ejercida por Inglaterra, Francia y España sobre México, y la ocupación de Santo Domingo por España. Numerosos testimonios podrían invocarse para probar la posición peruana, lo cual excede las posibilidades de esta exposición. Pueden citarse las gestiones del ministro peruano en Washington, Barreda, ante las autoridades norteamericanas y los diplomáticos latinoamericanos allí destacados. Barreda sostenía que "la América española debe ser necesariamente la aliada y amiga de la Unión para salvarse de los peligros con que la amenazan las ambiciones y combinaciones de la Europa, y la aliada y amiga del Norte en el caso de la separación del Sur." Proponía, en consecuencia, una convención con participación de los Estados Unidos, que establecería "una unidad de acción contra los planes de intervención, reconquista o monarquía que perturban ahora la paz de América".<sup>4</sup> Entre otros, Barreda mantuvo contactos con Romero, el representante de México, a quien le expuso "la conveniencia de que todas las naciones americanas adopten una política uniforme respecto de los sucesos que están teniendo lugar en este país", y semejantes expresiones fueron participadas a los demás representantes latinoamericanos.<sup>5</sup>

En México, el ministro peruano Corpancho, que luego sería expulsado por Maximiliano y se enrolaría en el ejército de Juárez para combatir al Emperador, distribuyó una circular a los diplomáticos americanos y europeos promoviendo una acción conjunta, lo que causó júbilo a los defensores de la soberanía mexicana.<sup>6</sup>

---

4. *De Barreda al Ministro de Relaciones Exteriores del Perú*. Washington, 10 de marzo de 1862. En PEÑA Y REYES, Antonio de la. *El Congreso de Panamá y algunos otros proyectos de unión hispano-americana*. México, Archivo Histórico Diplomático, No. 19, 1926. p. 194-198.

5. *De Romero al Ministro de Relaciones Exteriores de México*. Washington, 10 de marzo de 1862. En *Ibíd.*, p. 193-194.

6. *De Corpancho al Ministro de Relaciones Exteriores del Perú*. México, 29 de

El resultado de este movimiento diplomático fue la firma en Washington de un acta de compromiso de representantes latinoamericanos para promover una Convención continental que tendría como uno de los fines esenciales garantizar recíprocamente "su independencia y autonomía nacional contra la intervención o protectorado que otro poder intente establecer en el gobierno interior de cualquiera de ellas por medio de la fuerza, y unirán sus armas y recursos para oponerse a la conquista de sus respectivos territorios por fuerzas extranjeras."<sup>7</sup> Como fue reconocido por el ministro mexicano, las bases del acuerdo fueron las propuestas por el peruano Barreda, en cuya casa se hicieron las reuniones y se firmó el acta.<sup>8</sup>

De más está decir que la cancillería y la diplomacia argentinas eran totalmente ajenas e indiferentes a la cuestión. A la circular que el Ministro de Relaciones Exteriores del Perú enviara para obtener adhesiones contra las intervenciones extranjeras, el colega argentino Eduardo Costa, luego de reconocer "la comunidad de tradiciones, de intereses, de instituciones y de sangre" con las naciones del sub-continente, adujo que el carácter transitorio de su autoridad le impedía asumir compromisos de esa índole.<sup>9</sup> Pocos meses después, ya fuera de su inicial actualidad, el gobierno argentino rechazaba la invitación a suscribir el Tratado Continental de 1856, originado en la ocupación de Nicaragua por el filibustero William Walker; la negativa se apoyó en el principio jurídico-institucional según el cual "La América Independiente es una entidad política que no existe ni es posible constituir por combinaciones diplomáticas." Con mayor sinceramiento, reconocía que Argentina deseaba conservar estrechas relaciones con Europa, y por lo tanto no veía conveniente embarcarse en una liga anti-europea, a lo que en verdad había devenido con los años aquel Tratado.<sup>10</sup> En el siguiente Mensaje al Congreso, el presidente Mitre fue mucho menos sincero y dio una explicación que seguramente atendía a la posible reacción pública ante tan rotunda negativa. Dijo entonces que había respondido con fraternal amistad, y que Argentina actuaría en el caso de estar en peligro la seguridad de la nación y los intereses comunes de las repúblicas americanas, todo lo cual, sin embargo, no había ocurrido.<sup>11</sup>

---

marzo de 1862. En *Las relaciones entre México y Perú. La misión de Corpancho*. México, Archivo Histórico Diplomático Mexicano. No. 4, 1923.

7. Washington, 4 de abril de 1862. En PEÑA Y REYES, *op. cit.*, p. 203-204.
8. *De Romero al Ministro de Relaciones Exteriores de México*. Washington, 4 de abril de 1862. En PEÑA Y REYES, *op. cit.*, p. 198-202.
9. *De Costa al Ministro de Relaciones Exteriores del Perú*. Buenos Aires, 14 de mayo de 1852. En *Las relaciones entre México y Perú...* *cit.*, p. 63-64.
10. *Del Ministro de Relaciones de Argentina al Ministro Plenipotenciario del Perú*. En CLEMENTI, Hebe. *Formación de la conciencia americana. Tres momentos claves: Walker el filibustero y el Destino Manifiesto. La agresión europea y la guerra de secesión. Panamá y América, 1903*. Buenos Aires, La Pléyade, 1972.
11. *Mensaje del 6 de mayo de 1863*. En CLEMENTI, H. *La formación...* *cit.*, p. 160-161.

Resulta ostensible, pues, que las políticas internacionales de Perú y de Argentina diferían como el Ecuador difiere del Polo. Y tan luego allí llegaría un enviado de uno de esos extremos, en la persona de Sarmiento, cuando un violento e insólito hecho de armas agregaba mayor tensión a la posición peruana, que si antes había bregado por la solidaridad continental ante una agresión sufrida por otra nación, ahora demandaba igual actitud para defender su propia integridad territorial, su soberanía nacional y hasta su misma dignidad cívica.

Al llegar a la capital chilena, Sarmiento se había encontrado con su viejo amigo el ex-presidente Manuel Montt, defensor decidido de un acuerdo americano para repeler agresiones extranjeras, posición que sostendría como representante de su país en el Congreso Americano que se reuniría en Lima meses después. Si el recibimiento a Sarmiento fue entusiasta por los recuerdos gratos que ese país guardaba al sanjuanino, lo fue mucho más luego que pronunciara un vibrante discurso en la ceremonia de recepción, en el que hizo un acalorado alegato contra la agresión española al Perú, discurso que evidentemente violaba el sentido de todas las instrucciones recibidas de su gobierno y excedía también los usos protocolares de la diplomacia, exigente de formas cuidadas y racionalmente ponderadas. Sarmiento había quedado envuelto, sin duda, en el clima fervoroso que cundía en la colonia diplomática santiaguina. El mismo Andrés Bello, el insigne americanista bolivariano, que había asumido junto al Libertador caraqueño los principios de la unión de las nuevas naciones, felicitó y elogió con entusiasmo las palabras de Sarmiento, olvidando los pasados rencores y disputas por cuestiones más intelectuales y académicas.

De inmediato, Sarmiento pidió a su gobierno que se le autorizara oficialmente a asumir la representación argentina en el próximo Congreso Americano de Lima. En su argumentación puso como ejemplo a Chile, que "urgido por las nuevas circunstancias", había dejado atrás "las limitaciones que el pensamiento había puesto antes." Resaltó también la favorable disposición del gobierno peruano hacia Argentina.<sup>12</sup> La respuesta no fue favorable; sólo fue autorizado a concurrir con el objeto de explorar la situación e informar al gobierno de Buenos Aires. No obstante, se embarcó a Lima dispuesto a tomar parte activa y comprometida en aquella reunión. Luego justificaría su decisión sosteniendo que se trataba "de un Congreso convocado en virtud de actos públicos de Congresos soberanos de Estados hermanos y reconocidos, satisfaciendo a una aspiración de estos pueblos, que por mi permanencia en unos y la proximidad a otros, puedo convencerme que desde Chile hasta Guatemala los apasiona. . . la idea de entenderse, de aproximarse y de estrecharse entre sí las nacionalidades afines viene librando los pueblos. . ."<sup>13</sup>

Sarmiento se incorporó así, bajo su sola responsabilidad, al Congreso Americano de Lima, que inició sus sesiones en el Palacio de Torre Tagle el 27 de octubre

12. *De Sarmiento al Ministro de Relaciones Exteriores de Argentina*. Santiago de Chile, 31 de mayo de 1864. En SARMIENTO, D.F. *Obras Completas*. . . Buenos Aires, Luz del Día, 1952. Tomo XXXIV, p. 133-136.

13. *De Sarmiento a Elizalde*. Lima, 24 de enero de 1865. En *Ibid.*, p. 157-161.

de 1864 y culminaría su labor con los tratados firmados en los últimos días de enero de 1865. Asistió a casi todas sus reuniones, y aún no siendo miembro oficial por la falta de autorización de su gobierno, fue reconocido como actor principal, no sólo por el valor que se asignaba a su actitud desafiante ante sus propias autoridades, sino porque se le reconocían también sus brillantes dotes intelectuales.

Había una razón más, que a la opinión peruana le importaba por encima de todo. Decenios atrás, San Martín había dejado allí un recuerdo imborrable por sus dotes políticas y civiles; tras un largo período en que Argentina había intentado resolver sus cuestiones internacionales a espaldas de los ideales continentales de la época de la emancipación, por primera vez desde entonces se hacía presente una figura importante del escenario nacional argentino en calidad de representante diplomático. Por todos esos motivos, Sarmiento recibió aplausos y vítores de distintos sectores de la intelectualidad, del gobierno y de la opinión peruanos, lo que hizo entender a Mitre que el sanjuanino había quedado deslumbrado y envanecido por tales demostraciones y en razón de ello había cometido desatinos que desvirtuaron su misión. Las exteriorizaciones de afecto y admiración fueron notorias luego de su discurso en el acto de inauguración de la Escuela de Artes y Oficios, a la que fue especialmente invitado.

Como era natural, formó con Montt un dúo que obró de consuno en el Congreso, y ambos suscribieron una nota en la que presentaron su propuesta para zanjar el conflicto con España. Ocurría que las presiones de la opinión impulsaban al gobierno peruano a declarar la guerra a España, lo que a juicio del chileno y del argentino era apresurado, opinando en cambio que debían ser esperados los argumentos que habían sido encargados en los Estados Unidos.<sup>14</sup> Esto muestra el grado de inserción de Sarmiento en el problema, preocupado incluso de la oportunidad de las acciones militares y navales.

El Congreso Americano quedó, pues, consagrado a la grave cuestión internacional y bélica. Si bien los debates se concentraban en el tratamiento del conflicto entre Perú y España, estaba latente la conmoción extendida a México y Santo Domingo, y cundía la sensación generalizada de que toda la América Latina estaba afectada. En esos debates tronó con frecuencia la voz de Sarmiento en el salón del pomposo palacio, junto a la de los representantes del Perú, Bolivia, Chile, Colombia, Ecuador, Venezuela, Guatemala y El Salvador. Por iniciativa del boliviano José de la Cruz Benavente, Sarmiento fue reconocido como Congresista desde el comienzo de las sesiones, cuando aún no había recibido comunicación de su gobierno acerca de su pedido de incorporación como representante oficial.

Como marco a las gestiones de los delegados para lograr el fin de la ocupación de las islas discutióse, entre otros, un Tratado de Unión, destinado a proveer a la seguridad de las naciones, estrechar sus relaciones y garantizar recíprocamente la paz exterior. Sarmiento intervino en la discusión y aprobación de cada uno de sus

---

14. *Del Ministro de Relaciones Exteriores del Perú a Montt y Sarmiento*. Lima, 12 de diciembre de 1864. *Archivo General de la Nación del Perú*. Colección Santa María. Doc. 00704.



artículos, pero una vez aprobado el Tratado no lo suscribió, mostrando así un relativo acatamiento a las órdenes de su gobierno. Incluso es considerado por Frazer como autor del artículo tercero, que establecía que cada nación podía decidir por sí misma cuándo había sufrido un acto de agresión exterior, con lo cual cada nación decidiría si debía o no requerir ayuda.<sup>15</sup>

Es indudable que Sarmiento había asumido una posición solidaria, comprometida y hasta más realista que la alambicada política mitrista, elaborada por imperio de una voraz apetencia por sentar hegemonía en el Plata y asegurar así para una burguesía mercantil los beneficios, como socios menores, del capitalismo europeo. A la luz que proporciona el examen de esa etapa de la historia de América Latina, la aguda capacidad de observación de Sarmiento, ayudada por una realidad que afloraba a la superficie en las convulsionadas costas del Pacífico y golpeaba de lleno en su rostro, le llevaban a afirmar que "las cuestiones suscitadas a Méjico, la reincorporación de Santo Domingo y la intentada o anunciada reivindicación de las islas de Chíncha, han partido de una tentativa hecha por las potencias europeas para recolonizar la América del Sur, desde que los Estados Unidos con la guerra civil en que entraban habían perdido mucha parte de su autoridad moral, tanto como poder exterior cuanto como república." Advirtió claramente entonces que las débiles naciones de América estaban expuestas a extorsiones y violencias de los poderosos. En nota al ministro Elizalde, intentó hacerle entender que había razones comunes en las repúblicas sudamericanas que las ponían a merced de aquellos dictados. Una de esas razones era su escasa población, y la otra la escasez o nulidad de sus fuerzas navales, que las ponían en estado de indefensión frente a los grandes poderes marítimos.<sup>16</sup> Debemos acotar que ambas debilidades, como es sabido, recibieron especial tratamiento durante su presidencia, y para repararlas tomó medidas concretas y de gran proyección futura.

El lenguaje y las ideas de Sarmiento habían adquirido, de pronto, el tono y el sentido que campeaban en las deliberaciones del Congreso Americano. Pero serían estériles en su empeño de remover la actitud suficiente y soberbia del gabinete porteño, que miraba de soslayo la realidad que Sarmiento con tan contundentes palabras iluminaba. También es posible advertir que su experiencia peruana influyó en la adopción de una opinión separada con respecto a la guerra de la Triple Alianza, desatada poco después. Sarmiento fue partidario de la guerra desde su comienzo, pero era consciente que ella desacreditaría a Argentina en América Latina. Consideró que la alianza con Brasil había sido inevitable y necesaria, pero creía que ella perjudicaba seriamente la posibilidad de mantener fructíferas relaciones con las repúblicas del continente. A pesar de la alianza, desconfiaba de Brasil y consideraba más apropiado prevenirse mediante acuerdos con el resto de las naciones america-

---

15. FRAZER, Robert W. *The role of the Lima Congress, 1864-1865, in the development of Pan-Americanism*. En *The Hispanic American Historical Review*. XXIX, No. 3. Durham, agosto de 1949.

16. *De Sarmiento a Elizalde*. Nueva York, 29 de enero de 1866. En SARMIENTO, D.F. *Obras Completas...*, cit., Tomo XXXIV, p. 201-203.

nas. "Si alguna acción hubiera de ejercerse —concluía— convendría iniciarla en el Perú, de donde salió la idea de la alianza americana y donde se formaron los tratados."<sup>17</sup>

El proyecto del Tratado de Unión fue presentado al Congreso Americano por el panameño Justo Arosemena, representante de Colombia. Arosemena era otra de las grandes figuras del Congreso, como que en su país es hoy considerado uno de sus mayores intelectuales y políticos. Era un luchador en favor del federalismo, y en 1855 había logrado, tras ardua campaña, la creación del Estado Soberano de Panamá, cuyo gobierno encabezó durante su corta duración. Bajo la influencia de Jeremías Bentham y de Benjamín Constant, había asumido los principios de un federalismo radical con los cuales quería replantear un nuevo hispanoamericanismo bolivariano. "De Panamá al Cabo de Hornos seremos una sola familia, con un solo nombre, un gobierno común, y un designio", había dicho en 1855. Y en el Congreso Americano, ante la ocupación de las islas peruanas, denunciaría que ese acto era un paso "para poner en Sudamérica otra columna, que armonizando con la de México, sirviese en esta región de sustentáculo al gran edificio de una política universal."<sup>18</sup> Estas fueron las ideas que desarrolló en un opúsculo titulado "Estudio sobre la idea de una Liga Americana", que distribuyó entre los congresistas y que tendría decisiva influencia en su desarrollo y en sus conclusiones. En concordancia con estas ideas, Sarmiento presentó una nota proponiendo que el Congreso declarara que el daño inferido al Perú por España era un daño producido a toda la América.

Una notable aproximación a las reflexiones de Arosemena puede advertirse en una nota que Sarmiento envió a Elizalde desde Lima:

El movimiento de desagregación que ha venido trabajando a la América, parece que tocara a su término y no debe ponersele embarazo, pues que la mala organización geográfica de Estados que eran audiencias españolas, o separaciones o agregaciones producidas por hechos de la guerra de la independencia requerirán reforma, cuando las ideas económicas hayan ganado terreno. . . Síntomas se notan en Centro América de solicitarse las cinco repúblicas con ánimo de formar una nación federal. . .<sup>19</sup>

La intervención de Sarmiento en el Congreso y su actitud en el conflicto fue grave y medulosamente criticada por Mitre, como era de esperar según el criterio ya fijado por el presidente al asumir el mando en relación a la política exterior. La historiografía argentina no ha reivindicado aún esta encomiable desobediencia sarmientina, y por el contrario ha merecido sólo la indiferencia de quienes, desde una

17. *De Sarmiento a Elizalde*. Nueva York, 29 de mayo de 1866. En *Ibíd.*, Tomo XXXIV, p. 170-173.

18. AROSEMENA, Justo. *Panamá y nuestra América*. México, UNAM, 1981.

19. *De Sarmiento a Elizalde*. Lima, 20 de enero de 1865. En SARMIENTO, D.F. *Obras Completas...*, cit., Tomo XXXIV, p. 153-157.

posición que podría evaluar favorablemente su actitud, se han dedicado a puntualizar aquellos aspectos que lo muestran desafecto a respetar la naturaleza y las culturas propias de América Latina.

Desde otra óptica, los partidarios del mitrismo castigan con duros juicios la desobediencia, llegando a considerar, como Raúl de Labougle, que Mitre le propinó una "magnífica y justificada reprimenda".<sup>20</sup> Campobassi, por su parte, dice que fue justamente recriminado por Mitre, porque su actitud significaba un desconocimiento de la autoridad presidencial. En rigor, el juicio de Campobassi es paradójico, porque reconoce que Sarmiento se anticipaba con su posición a la que luego sería reconocida por Argentina a partir de las Conferencias Interamericanas iniciadas en 1889, apreciando así al sanjuanino como un válido precursor. Como es sabido, aquellas Conferencias sirvieron para asentar jurídicamente la hegemonía norteamericana sobre América Latina, por lo que el elogio del autor desnuda su propia convicción. En tanto, considera ajustados los conceptos recriminatorios de Mitre, que calificó de "merienda diplomática" al Congreso Americano de Lima, culpó a Bolívar de inventar Congresos para afirmar su predominio, consideró absurdo un derecho público americano y afirmó que Argentina había sido excluida de esas reuniones, cuando la verdad es que, habiendo recibido invitaciones formales a todas esas reuniones, Argentina se excusó sistemáticamente de participar en ellas, incluso durante la Confederación rosista.<sup>21</sup> Carlos Silva, por su parte, cumpliendo la misión oficial de exhibir los antecedentes históricos que justificaran la incorporación de Argentina al Acta de Chapultepec al término de la segunda guerra mundial, pasó por alto la actuación de Sarmiento en aquel Congreso. Con destreza diplomática, eludió tratar las causas de la agresión española, y en cuanto al alevoso bombardeo de la inerte y pacífica ciudad de Valparaíso, argumentó que el ataque se debió a que Chile había roto la neutralidad en el conflicto.<sup>22</sup>

La corriente revisionista, en tanto, se ha ocupado preferentemente en enrostrar el antinacionalismo de Sarmiento, sin preocuparse por encontrar alguna otra característica de su multifacética personalidad política e intelectual.

En suma, ya sea por indiferencia, por diplomacia o por rencores largamente alimentados, lo cierto es que esta fase de la fecunda vida sarmientina no ha merecido el aprecio ni la atención de nuestra historiografía.

Si bien dedicó mucho tiempo y esfuerzos a este conflicto, Sarmiento no descuidó el motivo esencial de su viaje, que era el fomento de la educación. Y también en este aspecto sintió y acusó el efecto de los aires americanistas que soplaban en el Pacífico. La experiencia peruana sería capitalizada luego, en los Estados Unidos, cuando formara un programa de acción para aprovechar los avances de la enseñan-

---

20. LABOUGLE, Raúl de. *Mitre y la política exterior argentina*. En *Mayo. Revista del Museo de la Casa de Gobierno*. Año I, No. 2, Buenos Aires, mayo de 1960.

21. CAMPOBASSI, José S. *Mitre y su época*. Buenos Aires, EUDEBA, 1980.

22. SILVA, Carlos Alberto. *La política internacional de la Nación Argentina*. Buenos Aires, Ministerio del Interior, 1946.

za y la preparación para la vida ciudadana en aquel país. Esos empeños fueron puestos no sólo para su aplicación en Argentina, sino también en toda la América de habla española. La necesidad de la educación popular, tópico de toda su actividad y pensamiento, fue proyectada a toda esta parte de América, y hasta agregó un sentido de concertación a ese programa de acción, demandando la complementación de los esfuerzos de los gobiernos para trabajar en el objetivo común.

Sarmiento ya había fustigado la herencia española como nefasta para los pueblos americanos, desde su antigua residencia en Chile, pero es aquí donde y cuando por primera vez asume el compromiso de trabajar por su radical reemplazo en toda la América hispanohablante a través de la educación popular. Y ahora aprovechó la reunión de los representantes americanos en Lima para comprometerlos en esa acción, proponiéndoles asumir la función de coordinador de esa labor desde los Estados Unidos. La propuesta concretada entonces fue que él redactaría una Memoria anual, financiada por suscripción de los gobiernos nacionales latinoamericanos, en la que daría a conocer los programas educativos, los modelos norteamericanos y los avances que, a manera de ejemplo a seguir, se irían logrando en estas naciones. La hizo mediante una nota confidencial que dirigió a todos los miembros del Congreso, en la que expuso su proyecto "de concertar los esfuerzos de las repúblicas sudamericanas para desenvolver un sistema general de educación, como remedio a los males políticos y sociales, que con fisonomía común se muestran dolorosamente en casi todas ellas, ofreciéndome a transmitirles desde los Estados Unidos, tan adelantados en este ramo, indicaciones prácticas para hacer efectivas las instituciones libres." Meses después, ya en Nueva York, trató de interesar en esa campaña al Ministro de Instrucción Pública argentino, Eduardo Costa, requiriendo su apoyo para solicitar, a través del cuerpo diplomático sudamericano, la participación de los gobiernos para obtener una acción mancomunada.<sup>23</sup>

El proyecto tendría un resultado concreto en la Revista "Ambas Américas", que editó desde Nueva York en 1867 y 1868, y de la cual se publicaron cuatro densos números que llegaron a los gobiernos e instituciones latinoamericanos. Fue éste el primer ensayo de divulgación en la América hispana de ideas y propuestas para reformar el sistema educativo, de lo cual nos hemos ocupado con algún detenimiento en un trabajo ya publicado.<sup>24</sup> Baste decir aquí que su objetivo principal, según lo declaraba la presentación del primer número, era impartir la educación popular en todas las capas sociales, para lo cual era necesario crear bibliotecas públicas en todos los centros urbanos por pequeños que fuesen; el fin último era formar pueblos agricultores, pues ellos eran, por imperio de su actividad económica, proclives al orden, a la defensa y a la conservación de la familia. Había que formar, entonces, pueblos agricultores, y para ello había que dotarlos de los recursos técnicos adecuados e ins-

23. *De Sarmiento a Costa*, Nueva York, 30 de setiembre de 1865. En SARMIENTO, D.F. *Obras Completas...*, cit., Tomo XXX, p. 7-15.

24. HEREDIA, Edmundo A. *La Revista "Ambas Américas", de Sarmiento (Nueva York, 1867-1868)*. En *Revista Histórica*. Tomo V, No. 13. Buenos Aires, 1986.

truirlos de la mejor manera para aprovechar los beneficios de los frutos de la tierra.

Durante su permanencia en Lima recibió noticias de San Juan, como la inauguración de la Escuela Sarmiento, que colmaba su satisfacción personal. Al felicitar al gobernador Camilo Rojas por la concreción de esta obra, le informaba que había llamado la atención de los miembros del Congreso Americano sobre el valor de la educación para lograr la prosperidad y la organización sólida de los nuevos Estados; le informaba también que ésta sería su preocupación principal en los Estados Unidos, y que San Juan tendría la primicia de sus observaciones. Fiel a su idea de reemplazar tanto la mentalidad como la figura de estos países, le expresó su anhelo de que aquella Escuela sirviese para transformar a la sociedad, de modo que si algún viajero norteamericano visitara la ciudad de San Juan, "en la Escuela Sarmiento encontrará por los millares de alumnos, por la belleza y grandiosidad del edificio, por la elevación de la enseñanza, algo que le recuerde Nueva York, Boston o Filadelfia."<sup>25</sup>

Durante ese medio año en el Perú, Sarmiento había conocido demasiadas cosas como para que sus ideas no acusasen el impacto. Una cultura profunda, que venía del fondo de los tiempos y había sobrevivido a los embates de conquistadores y expoliadores, daba carácter y fisonomía al país peruano. Una riqueza casi providencial, como venida del cielo, transformaba económicamente a esa nación pero sólo para el beneficio de un grupo dirigente, despreocupado en rescatar de la pobreza a la inmensa masa campesina e indígena sometida desde muchos siglos atrás. Y la irritante presencia de la antigua metrópoli, que reverdecía tozadamente sus ansias imperiales agrediendo y apropiándose de la fuente de aquella riqueza providencial. Conoció allí también las autorizadas opiniones coincidentes de destacados hombres públicos que venían a reunirse en Congreso desde otros países de América Latina. Sarmiento estaba conociendo otra América.

Pero, a pesar de todo, incorporó sólo un matiz diferente a sus ideas sobre la necesidad de implantar la civilización y de eliminar a lo que consideraba la barbarie, lo que conllevaba el desprecio de lo propio y de lo auténtico y la exaltación de lo foráneo, y legitimaba la imposición compulsiva de aquella civilización por medio de la educación, como también la extinción, igualmente compulsiva, de las tradiciones en cuanto formadoras de las identidades de los pueblos. Ese matiz —sin duda importante— era el de reconocer la necesidad de cambio en toda América Latina, porque toda ella estaba amenazada de volver al colonialismo de persistir su debilidad y su desunión. Este matiz de su pensamiento, incorporado en el Perú, merece ser rescatado por las actuales y futuras generaciones, y coloca a Sarmiento en una suerte de americanismo singular, como lo hemos adelantado.

Cuando llegó a los Estados Unidos, Sarmiento se sentía no sólo un argentino y un sanjuanino, sino también un americano del sur, y esto es de por sí valioso y ejemplificador, al margen de que su concepción de ese americanismo continuase basado en la extirpación de las raíces, convencido que en esas raíces estaba el origen de los males americanos.

25. *De Sarmiento al Gobierno de San Juan*. Lima, 15 de abril de 1865. En SARMIENTO, D.F. *Obras Completas...*, cit., Tomo XXX, p. 296-306.

Algunos autores, con cierta ligereza, han calificado como "panamericanista" la etapa que comprende su segunda estancia en la América del Norte. Ninguno, en tanto, se ha atrevido a presentarlo sencillamente como "americanista". La complejidad, no exenta de contradicciones, y más aún el individualismo y singularidad de su pensamiento, impiden avalar uno u otro rótulo. Pero es justo reconocer que, desde la experiencia peruana que llevaría a los Estados Unidos, sintió un dolor profundo por las heridas desde las cuales se desangraba esta América Latina, y de la cual veía a su propio país como parte natural y con igual destino, sentimiento que se torna más valioso al considerar la indiferencia que al respecto ostentaba con no envidiable orgullo la generalidad de la dirigencia argentina.

Ejemplo mayor del nuevo matiz que el Perú le hiciera incorporar en su polícroma representación de la escena americana fue la conferencia que pronunciara en oportunidad de recibirse como miembro de la Sociedad Histórica de Rhode Island, en la que aludió a la profundidad histórica de la cultura peruana. No se sabe si habría visitado algunos de los monumentos arqueológicos extendidos en territorio peruano y, obviamente, aún no había sido encontrada aquella ciudad de la esperanza que llegó a la cuasi perfecta combinación de la dura materia y el espíritu etéreo en construcción de piedra y nubes, como es Machu Picchu. Quizá, si así hubiera sido, el Perú hubiese calado más hondo en la mente de Sarmiento, y aquel matiz podría haberse convertido en una más completa transformación de su visión del pasado y su proyección sobre el presente y el futuro americanos.

No obstante, recordó en aquella conferencia la grandeza de las antiguas culturas incaicas y mesoamericanas, constructoras de pirámides y obras de ingenio que mostraban un estadio equivalente al que había dado sustento a la civilización europea, y equiparó a los monumentos arqueológicos de Chichén Itzá, de Uxmal, de Palenque, del Cuzco a las mayores representaciones clásicas del arte griego. En todo el Perú, dijo entonces, "hay señales no de una sino de varias civilizaciones monumentales anteriores a la época de los Incas."<sup>26</sup>

Es probable que, sin tomar conciencia de la magnitud de su afirmación, estaba reconociendo la categoría de *civilización*, que él tanto apreciaba, a las organizaciones sociales de la América precolombina. Y es seguro que lo decía como una revelación, como algo que a él mismo había sorprendido al conocer tierra peruana, en plena madurez intelectual, cuando ya era tarde para que aquel matiz iluminador impregnara y modificara su implacable y negativa concepción del ser americano.

---

26. *Ambas Américas*. Discurso pronunciado el 27 de octubre de 1865. En SARMIENTO, D.F. *Obras Completas...*, cit., Tomo XXX, p. 315-354.